



SIN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 10

EN AÑO.

Madrid... 30
Provincia... 10

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lamina de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

UN EPISODIO

DE LA VIDA DEL CELEBRE LADRON MANDRIN.

1.

Vamos á hablar á nuestros lectores de uno de los ladrones mas famosos que ha tenido el

mundo. Hablaremos del célebre Luis Mandrin, que nació en San Esteban de Geaira, en el Belinado, en 1715, y era hijo de un herrador, y que fué enroldado vivo en Paris el 26 de mayo de 1755 en cumplimiento de una sentencia dada dos dias antes por la cámara criminal de Valencia. Si Luis Mandrin hubiera nacido algunas docenas de años mas tarde, hubiera sin duda, despues de 1789, cuando se verificó la famosa revolucion francesa, aumentado la lista de esos guerreros que hemos visto lanzarse los primeros en aquellas luchas y conquistar el baston de mariscal, ducados, principados, y hasta tronos. Mandrin desertor, se convirtió en contrabandista disciplinado de tal modo una tropa de ladrones, que conquistó una pequeña ciudad, y no pudo ser reducido á rendirse sino teniendo el rey de Francia que oponer contra él un cuerpo de tropa de seis mil hombres. Mandrin, no era, pues, un hombre ordinario. Los historiadores le representan con una fisonomía interesante. Tenia la vista viva, penetrante, las pa-

siones muy fogosas, y sobre todo una sangre fria imperturbable; en una palabra, poseia las cualidades de los hombres nacidos para mandar. No supo, como el rey Enrique VIII, negar nada á los deseos de una muger, ni la vida de un hombre á su cólera. Mandrin terminó en el cadalso; Mandrin es uno de esos heroes populares, ni mas ni menos, en menor escala, que lo son entre nosotros las hazañas de Francisco Estéban que tantas veces hemos oido contar y cantar en nuestra niñez. Mandrin, no solo alcaza al frente de su tropa de bandidos, sino que era un genio en la destreza, y al mismo tiempo se complacia en hacer algunos actos de liberalidad y de beneficencia, lo que le captaba la benevolencia de los pueblos.

Vamos á referir uno de los hechos mas curiosos de su vida.

En tiempo de Luis XV, cuando las costumbres se hallaban en el colmo del libertinage y del desenfreno, habia una casa de juego situada en la calle de Montmartre, donde en una sola



Os lo habia predicho.

noche se devoraba la fortuna de los que incautamente se presentaban en aquella casa, que con sobrada razon, tenia el título de Infierno, y en la que los señores de la corte estaban de acuerdo con los banqueros. Habia alli diversos jugadores. Entre ellos se presentó un anciano que tenia todas las trazas de un provinciano recién llegado á Paris. Llegóse á él el dueño de la casa de juego, y al ver que no jugaba como los demas, y que únicamente fijaba la atención en los que alli estaban, le preguntó si se le ofrecia alguna cosa.

El viejo le contestó con voz gangosa:

—Si, señor; busco... busco en efecto y lo he encontrado, creo, porque estoy en el Infierno de la calle de Montmartre, ¿no es verdad?

—En pleno infierno, caballero, contestó el

director, ó mas bien, en uno de los mas agradables salones de juego de Paris, porque ese nombre de Infierno que se ha dado á esta clase de establecimientos, de que me honro de ser uno de los gefes...

—No es mas que una broma, una metáfora... una imagen... Comprendo, comprendo. En el verdadero Infierno... el diablo atormenta á los condenados... ¿no es esto?... mientras que en este...

—¡Oh! en este... ya lo veis, caballero... encantadoras mugeres, muy buenos mozos... gente toda honrada.

—Si... si... en este... no hay mas que ladrones y robados.

—¡Cómo!... replicó con aire el director.

—Historia muy divertida, señor, contestó el

viejecito, historia muy divertida. ¡Que queréis! tengo sesenta años y acabo de llegar de Carpena... Como viejo y como provinciano me es permitido tener ideas atrasadas.

—Pero, por último, dijo con enfado el director, ¿qué venis á hacer aquí y qué es lo que queréis?... ¿Queréis jugar?... Veamos...

—¡Jugar! ¡qué horror!

—¡Pues no es malo el original!... Entonces qué...

—Entonces señor... señor...

—Dufresne, contestó el director.

—Pues bien, señor Dufresne, voy á explicar en dos palabras, si lo permitis, el motivo que me trae al Infierno

—Desde que sé que no jugáis, todas vuestras explicaciones carecen de interés para mí.

—Justamente... Dado que sabéis que no soy un imbécil y un tonto no podéis perder el tiempo conmigo... ¿no es así?

—¿Volveis á empezar?

—Al contrario, voy á concluir, y al mismo tiempo le presenté un bolsillo; vamos, mi querido Dufresne, no hay que incomodarse, y dignaos aceptar estos cincuenta lises.

—[Cincuenta lises! dijo el director ahriéndole tanto ojo.]

—Que yo os ofrezco lisa y llanamente, contestó el viejecito, para que me permitais pasar una hora ó dos en este salon.

—[Cómo! si antes me lo hubiérais dicho... si os hubiérais explicado...]

—¿No hubiérais aceptado mi bolsillo?

—Perdonad... sí, sí, lo hubiera aceptado antes... solamente que...

—Os hubiérais mostrado mas político conmigo desde luego... gratificándome así, con esa encantadora sonrisa... que os parte el rostro en dos... Sí, amigo Dufresne, antes de volver á tomar el camino de mi lugar he resuelto venir aquí á hacer un estudio de costumbres... en una casa de juego.

—Lo hareis con toda comodidad. Desde luego mi casa es una de las mas conchridas como veréis. Allí viene el señor conde de Charolais; un gran señor que me ha conseguido el privilegio de tener esta casa.

—Sí, y aquel otro que viene con él?

—¡Oh! aquel es el señor de Conteville, un rico hacendista, tan rico como nuestro rey Luis XV... pero mas gordo.

—Y aquel otro? dijo el viejecito.

—El otro no sé; creo que estoy haciendo falta allá abajo. Despues volveremos á entablar nuestra conversacion.

Y se retiró adonde estaban los jugadores.

Quedóse solo el anciano, el cual por sus cincuenta lises tenia derecho á permanecer allí, cosa que no habia admirado poco al director de la casa; pero en cambio el viejecito decía entre sí: he aquí los ladrones de las ciudades, de las grandes ciudades, que desprecian los ladrones de los caminos reales: veremos quien vence.

El hombre que venia con el marqués de Charolais y el hacendista Conteville era el famoso conde de San German, uno de los asombros de la corte de Luis XV, y de quien sin duda habrán oido hablar nuestros lectores. Varias damas y señores se acercaron en cuanto vieron al conde de San German, estrapando mucho verle en aquel sitio, donde se va á ganar el oro, porque era fama que el conde de San German es-aba por medios alquimistas fabricarlo. Así es que habiéndole manifestado algunos en estañeza por verle en una casa de juego, él les manifestó que venia allí no para ganar sino para hacer ganar á otros. Pasaba el conde de San German por ser un hombre que leía claramente en el porvenir, y al verso rodeado allí de tantos grandes hombres, le rogaron que sacase el horóscopo de algunos de los distinguidos nombres de Francia. Negóse al pronto el conde diciéndoles que no quería que le obligasen á decirles lo que eran... no siendo en la mayor parte sino caballeros de industria... salidos del fango... y al que debian volver. Tomó por último San German la mano de Conteville y de Charolais, cediendo á sus ruegos de leerles el porvenir.

—Si lo queréis, caballeros... Sin embargo, os prevengo que mis profecías no son siempre de color de rosa.

—Pues bien, dádmelas verdes á mi... señor de San German... es el color de la esperanza, y á este rico banquero... amarillas. Es casado, esto no os bastará... ¿no es verdad, Conteville?

—Sí, sí, respondió riendo Conteville... Esto no os bastará. ¿Qué veis, señor conde de San German en esta mano? y al mismo tiempo se la presentaba.

—Que moriréis en la miseria, señor de Conteville.

—[«La miseria!»... ¡ja, ja! es divertido, divertidísimo... De pronto se detuvo: No... me río, al pasar...]

—Y tú, caballero, dijo Charolais á San German, ¿que me prometéis de sombrío? veamos.

San German contestó haciendo un saludo.

—Que antes de doce horas, señor de Charolais, nos volveremos á ver...

—Eso no tiene nada de particular ni que pueda asustarme.

—Permitidme... y en el momento en que nos volvamos á ver... estareis á punto de morir...

—¡Ah!... sea, enhorabuena... Eso si que es extraordinario. ¡Ja, ja!

Y todos acompañaron aquella predicción con una grande carcajada.

—[No os risáis, no os risáis! dijo el conde de San German con fuerza; todos los que os habeis atrevido á preguntarme el porvenir... temblad... sí, temblad... Lo que os he dicho es la verdad. ¿Lo oís? No tengo mas que prediceiros sino lágrimas... dolores y sangre.]

—Estais delicioso, dijo en tono de burla Charolais. Con que es decir, señor de San German, que la primera vez que nos veamos es para que me veais exhalar el último suspiro.

—Sí, y muy pronto, contestó con voz sombría el conde de San German.

Asombrados estaban todos, cuando el viejecito de quien hemos hablado, que habia seguido aquella escena, se aproximó y dijo:

—Pues yo voy á desmentiros.

Y presentó su mano al conde.

—Señor conde, añadió, una palabra todavía; ¿qué leáis en la mano de un pobre viejo de mi suerte?

Miróla el conde de San German, y dió dos pasos atrás.

—¡Ah!...

Despues inclinándose á su oído, le dijo:

—Me dice que no os este en sitio entre estos señores. ¿Lo entendéis, Mandrin!

—¡Ah! contestó el viejecito atarado; porque aquel viejecito era el famoso bandido Mandrin.

El conde de San German salió de allí vivamente, Charolais y los demas presentes, que habian quedado descontentos del horóscopo que les habia sacado el conde de San German, empezaron á murmurar de él, diciendo que era un fastidioso pedante que se dabá los aires de hechicero y no otra cosa, y quedaron en no convidarle á las sinuosas reuniones que daban aquellos grandes señores de la corte de Luis XV. Despues viendo que no habian jugado y temiendo pasar la noche de una manera bastante monótona, iban á marcharse ya sin duda á alguna casa para tener una de aquellas cenas, verdaderas orgias tan frecuentes en aquella época, cuando al tiempo de ir á salir del salon del juego vieron entrar á un jóven, el cual tropezó con el conde de Charolais. Este con bastante mal modo, dándole un empujon, le dijo:

—¡Animal! No repara.

—El animal sois vos, respondió el jóven, que me habeis tropezado.

El conde de Charolais cogió el baston que llevaba Conteville; mas el jóven, que por sus trazas y vestido denotaba ser un escribiente de procurador, pero que tenia todas las apariencias y todo el aire de un mosquetero, se cruzó de brazos y al ver á Charolais que iba á levantar el baston sobre él se le arrancó de las manos, y con la mayor tranquilidad apoyándole sobre sus rodillas le hizo dos pedazos y se los dió friamente al conde de Charolais, diciéndole:

—Hacéis mal en servirlos de él: tené un pelo...

Todos los señores y Conteville lienos de cólera fueron á echar mano á las espadas; pero Conteville los detuvo diciéndoles:

—Es preciso castigar á este tomante que se ha atrevido á faltar al respeto al señor conde...

Charolais detuvo con un gesto á los que se dirigian contra el jóven, y con un aire de afectada afabilidad, le dijo:

—Ninguno de vosotros toque á este caballero.

Y dirigiéndose despues al jóven:

—Amigo mio, esta es mi mano, le dijo, he hecho mal en ofenderos, lo reconozco, y os pido perdón.

Todos quedaron sorprendidos, y dijeron para sí que sin duda el conde habia oido algo en aquel jóven que tan insolente se habia mostrado y no respetaba ni á los altos empleados de la Hacienda ni á los nobles, y que trataba de jugarle alguna pasada.

Aquel jóven era en efecto un pasante de procurador que iba á jugar, y hombre sencilla de puso todo remedio á aquellos caballeros que le tendian la mano.

El conde de Charolais le preguntó que venia á hacer allí, añadiendo:

—Hijo mio, tal vez será una indiscrecion preguntaros.

—No, señor, respondió el jóven, que se llamaba Mauricio; solamente que delante de todos estos caballeros no queria...

Entonces Charolais, llevándole aparte, le dijo:

—Amigo mio, veniais á jugar para tratar de ganar algunas libras, y poder tener alguna diversion mañana, confesadlo.

—¡Una diversion! mas que eso; una felicidad.

—¿Cuál? si no es preguntaros demasiado.

—No, señor. Despues de la manera leal con que acabais de conducirnos conmigo, vos... que pareceis un gran señor... yo, que no soy nada... no debo rehusaros la confianza de mi suerte...

—Seria una desconfianza indigna de vos y de mí. Hablad, me interesa esa relacion, y tal vez resultará de esa confianza que ni uno ni otro tengamos que arrepentirnos.

Entonces Mauricio contó que era pasante de un procurador; que estaba enamorado de una jóven bellissima, de un ángel, de un querubín, con cabellos negros, pie pequeño, ojos grandes y pobladas cejas, una maravilla, en fin, que se llamaba Anita, hija de un rico feudero de la ciudad.

No bastó mas que esta relacion para que el disoluto conde codiciase en su corazon á aquella hermosa niña. Habiéndole manifestado el pasante que lo que queria era ganar una cantidad para emplearla al día siguiente en el bosque de Boloia en una funcion que pensaba dar á sus amigos al día siguiente de su casamiento. El pobre pasante llevaba por junto unas cincuenta libras y contaba arriesgar veinte y cinco para hacer el caudal que necesitaba. Propusole entonces el conde de Charolais jugar con él. Para esto, despues de haber hablado al dueño de la casa, este despidió á todos los que estaban en ella, y Mandrin, que veia lo que pasaba, y presumió que trataban de jugar alguna mala pasada á aquel pobre jóven, se hizo el dormido sobre una silla. Así, cuando se vieron solos, Charolais, separándose un momento con sus amigos, les dijo:

—Podria dispensarme de hacer perder su dinero á ese jóven antes de quitarle la querida, como es mi intencion; pero quiero ver que cara pone cuando tenga el bolsillo vacío.

Reparando que habia quedado en el salon el viejecito dormido sobre una silla, se lo hizo notar uno de ellos al conde; pero éste le contestó:

—Dejadle... dejadle... ese viejo no incomoda.

Pusiéronse inmediatamente á la mesa, y Mauricio colocó desde luego doce libras. Puso al número diez y seis, precisamente la edad de Anita. El juego era muy sencillo: aquel que jugaba contra él, y que sacaba los números de la bolsa, si sacaba el número diez y seis ó cualquiera otro inferior, ganaba tres veces su puesta. Si sacaba superior perdía. Charolais sacó una bola: era el quince; perdió Mauricio.

Prohibió á tomar el desquite, y tomó el número sesenta y ocho.

Observaba Mandrin que como unos lobos hambrientos iban á devorar á aquel pobre cordero aquellos caballeros. En efecto, Charolais sacó el número sesenta y cinco. Perdió otra vez Mauricio. Volvió á poner al número sesenta y ocho; pero entonces acercándose á su oído Mandrin, le dijo:

—Jóven, que os roban.

Volviéndose entonces Mauricio á la mesa de juego, mientras Charolais y sus amigos hablaban entre sí, dijo:

—Pongo el resto de mi dinero al sesenta y ocho otra vez.

Pero al mismo tiempo, arrojándose sobre Charolais, y cogiéndole la mano, le sacó la bola número sesenta y cinco que se habia guardado en la mano, y le llamó ladrón.

—¿Cómo ladrón! ¿qué modo de hablar es ese?

—Sí, ladrón, ladrón, ladrón.

Dió un puntapié á la mesa y derribó al conde de Charolais.

Echaron éste y sus amigos mano á las espadas, y trataban de castigar á Mauricio que había descubierto su trampa.

Charolais le dijo:

—Si dais un paso mas, si os permitis hablar otra palabra insolente, vais á quedar aquí muerto, tan cierto como la señorita Anita no va á bailar con vos sino conmigo en el bosque de Bolonia.

—¡Ah! exclamó Mauricio retrocediendo delante de las espadas desnudas.

El conde de Charolais mandó al dueño de la casa que cerrase la puerta, y mirando á la ventana, dijo:

—Es demasiado alta para que pueda marcharse el pájaro... Vamos, caballeros, y hasta la vista, amigo. Esto os enseñará á venir á una casa de juego y no contar vuestros amores.

—Y no romper mi baston, añadió Conteville.

En vano Mauricio imploró perdón de aquellos caballeros. Ya no amenazaba, les suplicaba, lloraba.

—Guardad mi dinero, les decía; pero mi Anita... mi Anita...

—Basta, respondió Charolais, yo no perdono á los que me insultan... Vámonos, adios, voy á buscar á vuestra novia.

En vano quiso lanzarse sobre ellos Mauricio, las espadas asestadas contra él le detuvieron. Charolais y los demás desaparecieron cerrando la puerta tras de ellos. Mauricio daba saltos de furor y trataba de romper la puerta. Entonces Mandrin se levantó y se dirigió á él diciendo:

—¿Para qué tratas de salir? ¿para encontrar detrás de esa puerta una espada que te mate?

—¿Quién sois? preguntó Mauricio.

—¿Qué te importa, si te devuelvo la libertad y te proporciono los medios de vengarte de los que quieren hacerte mal?

—¿Qué oigo? ¿qué debo hacer?

—Obedecerme.

Entonces Mandrin se quitó el disfraz de viejo, se dirigió despues á la ventana y sacando un silbato dió un agudo silbido al que respondieron á lo lejos.

Estremecióse Mauricio al oír aquella señal, y dirigiéndose á Mandrin, en quien ya no veía un anciano:

—¿Quién sois, caballero? le preguntó.

—Si te lo digo vas á tener miedo.

—¿Miedo de vos que me ofrecéis ayudarme á vengarme?

—Sea enhorabuena... pues bien, soy Mandrin.

Al oír este nombre, Mauricio dió tres pasos atrás.

Mandrin enseñándole una escala de cuerda que le habían arrojado desde fuera, le dijo:

—Aquí hay una escala, ¿me voy solo?

—¿Y salvaremos á Anita?

—La salvaremos. Y yo volveré á coger á mi banquero, dijo para sí Mandrin.

Era duro para Mauricio, que era un jóven honrado, asociarse á un ladrón; titubeó un momento, pero la necesidad le obligó. Sacaron las piernas fuera de la ventana, colocaron el pie en la escala y desaparecieron.

II.

En el bosque de Bolonia al lado de uno de los fondines que existían en 1734 en aquel sitio, y donde desde muy antiguo van á pasar la tarde de los días festivos las gentes del pueblo de París, se veía á Charolais, Conteville y otros en traje de pasantes de procurador con una linda jóven. Era Anita á quien habían ido á buscar en nombre del pobre Mauricio, que tan imprudentemente había hecho en la casa de juego la confianza de sus amores. Decíanse compañeros suyos y que tenían encargo de acompañarla al bosque de Bolonia donde verían de encontrar á su amante, que había preparado para ellos y en obsequio de su amada, un modesto festín. Como Anita sabía que Mauricio la preparaba un obsequio, no tuvo dificultad en seguirlos. Hacía ya algun rato que se hallaban en el bosque de Bolonia y no veía venir á Mauricio, lo que le causaba bastante inquietud.

Entre los varios grupos de gentes que an-

daban por aquel sitio destinado al placer y la diversion, notábase á Mandrin, del cual se había separado su jóven protegido desde que se había visto en la calle, porque se hallaba tan asustado del peligro de que acababa de escaparse como en el compromiso en que se encontraba viéndose al lado de un bandido, diverteas veces pregonada y puesta á precio su cabeza Mandrin, de quien hemos dicho que tenía en ocasiones el placer de favorecer á los pobres contra los ricos, por su odio grandísimo á los señores y poderosos de su época que tiranizaban á los pobres, arrebatándoles hasta el honor, estaba allí para poder proteger á Mauricio en cualquier cosa que ocurriese. El conde de Charolais no podía tranquilizar á Anita, que cada vez estaba mas alarmada al ver lo que le hacia su amante. El conde Charolais le dijo que estaba allí con sus amigos para reemplazarle, y que si no le creía á él mas á propósito para amarle que á Mauricio. Este lenguaje empezó á alarmar seriamente á Anita, que se resistió á ponerse á la mesa cuando la instaban aquellos jóvenes libertinos, importunados ya con las súplicas y temor de Anita, y medio borracho Conteville, rompió la reserva y dirigiéndose á Charolais, le dijo:

—¿Qué aguardais, ya, señor conde?

Sorprendida quedó Anita al oír llamar así al que ella tenía por un compañero de su amante. Trató de marcharse.

Charolais entonces la detuvo diciéndole:

—No te delectas... ¿No quieres que baillemos?

—Dejadme, caballero. Ahora comprendo todo... Sois un gran señor que os habeis burlado de mí. ¿Y mi pobre Mauricio? ¿lo habeis tal vez muerto?

—¿Muerto! ¿por qué?

—Vamos, vamos, conde, dijo Conteville.

En aquel momento se vió á Mauricio que venia corriendo, y entró en la fonda perdiéndose entre la muchedumbre.

Anita trató de huir.

Cuando iba á detenerla Charolais se presentó Mauricio detrás de él en el momento en que el conde la estaba diciendo:

—Pues bien, sí, soy un gran señor. Me llamo el conde de Charolais, y ten cuidado, niña, porque los que me insultan ó me ofenden...

—Los matais... cuando se dejan matar, señor conde, dijo presentándose Mauricio.

Entonces Anita se arrojó en sus brazos.

—Si, Anita, tu amante, tu futuro, tu marido, te salvará ó morirá contigo.

Y arrancando el sable á un guardia francés que se hallaba en la fonda se dirigió al conde diciéndole:

—Puesto que os habeis hecho pasante de procurador no resistireis batiros conmigo.

—¡Batirme! respondió el conde con desden. ¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué no? Yo valgo mas que vos... soy un hombre honrado y vos sois un pícaro... porque yo llevo un nombre honroso y vos deshonrais el vuestro y sois un aventurero... Los verdaderos nobles todo el mundo los respeta, pero á vos os desprecia.

Los amigos de Charolais quisieron arrojarle sobre Mauricio.

Detúvose Charolais y le dijo:

—Vamos á batirnos, bribon... Voy á matarle porque me obligas á ello, y el ruido de esa orgueña que guía á los que bailan, será la que celebre tu muerte. Una espada, una espada.

En aquel momento se presentó el conde de San German, y le dijo:

—Aquí teneis la mia, señor conde.

Estremecióse Charolais al ver á San German. Este le dijo:

—Os habia ofrecido que nos veriamos algunos minutos antes de vuestra muerte... y he venido á cumplir mi palabra.

—Embustes, trapacerías y farsas. Acepto, sin embargo, vuestra espada, caballero.

Comenzaron á batirse. Anita corrió á colocarse al lado del conde de San German ocultando el rostro en sus manos. Batíase bien Charolais, como que en toda su vida no había hecho mas que el oficio de espadachin. Espectáculo raro era ver allí á dos hombres batirse denodadamente, en un sitio donde el vino y la san-

gre corrían á la vez, donde la música y los cantares alegres llenaban los aires. De pronto quedó herido Charolais.

El conde de San German se acercó entouces á él, y mirándole, le dijo:

—Os lo habia predicho.

Mauricio dejó su espada y se dirigió á reunirse con Anita.

Pero todos los caballeros cómplices en los desordenes de Charolais quisieron echarse sobre él. Entonces el conde de San German con un tono imponente de autoridad y extendiendo la mano, les dijo:

—¿Quién se atreverá á amenazar á quien la mano de Dios ha conducido aquí?

—Dejadle, dejadle, yo tengo medios de corregir á ese bribon sin que lo hagamos por nosotros mismos, y al mismo tiempo dió un grito: ¡Ah de mis gentes!

—¡Ah de mis gentes! gritó á su vez presentándose en medio Mandrin.

Una porcion de gentes, que no eran mas que ladrones disfrazados, acudieron gritando:

—¡Mandrin!

Al oír este nombre, Conteville palideció. Entonces uno de los caballeros gritó, llamando á los guardias franceses.

—¡A los ladrones!

Huyeron las mugeres, desapareciendo toda la concurrencia de la fonda, y acudieron los guardias, los amigos de Conteville y los ladrones de Mandrin. Hubo una verdadera refriega, disparáronse varios pistoletazos, y se dieron sendas estocadas; pero Mandrin y los suyos estaban acostumbrados á esta clase de trances, y salvaron á Mauricio y Anita que se habían agarrado del brazo del conde de San German.

Mandrin pudo retirarse con toda seguridad, y continuó por mucho tiempo todavía el curso de sus peligrosas aventuras y proezas.

El conde de Charolais quedó muerto.

Se habia cumplido la predicción del conde de San German.

J. N. GAVIRIA.

UNA BRONIA PESADA.

Recibo en este momento tu carta, querido Villemot, y me parece entrever que te hallas en extremo deseoso de saber por qué razon anoche al leernos tu excelente madre el periódico me turbé tanto. Voy á confarte mi secreto, y al mismo tiempo te ruego, mi querido camarada, me dispenses el haberte reservado tanto tiempo un episodio terrible y encantador de mi agitada vida, reserva tanto mas reprehensible que era contigo mi mejor amigo, á quien profesó la mas sincera y desinteresada amistad.

Poco me importa que mi aventura llegue á hacerse pública, puesto que ya no puede comprometer á nadie, y ademas era yo aun muy jóven cuando me enredaron en tan amable alevosia. En cuanto á mi ningún sentimiento tengo de lo que me ha sucedido; á estos acontecimientos debo el haber viajado, y deliro por las peregrinaciones; ademas algunos meses pasados en el mar ofrecen el mas bello espectáculo que sea dado contemplar al hombre.

Si tus graves ocupaciones te dejan algun tiempo, lee esa relacion que te envio, y cuenta siempre con tu buen amigo

JORGE G...

Durante el invierno tan rigoroso de 1830 me hallaba colocado de dependiente en una casa de comercio de cortas relaciones en el Havre de Gracia, calle de París. Los momentos que mis ocupaciones me dejaban libre, los pasaba frecuentemente en un café *estaminet* (1) situado en la plaza del Teatro, y célebre por los grogs, llamados á la americana, que por la corta retribucion de seis sueldos daba á los consumidores, y cuyo recuerdo conserva, sobre todo cuando ingurgito el agua caliente de nuestros

(1) En Francia los cafés en que es permitido fumar llevan el nombre de *estaminet*, palabra que es imposible expresar en español por carecer absolutamente del objeto que designa.

limoneros parisienzes. Ahora verás la innumerable cantidad de kilómetros que la pasta del grog me ha hecho recorrer.

Esta café bien hubiera podido llamarse de la Paz, pues casi siempre solo encontraba en él á un hombre aborazado, gran atleta, de cerca de seis pies de estatura, anchas espaldas, y enmarañada cabellera; este Goliath, sin duda, por obtener mi atención me prodigaba mil pequeños cuidados; sin duda debía existir cierta similitud entre nosotros. ¿Era por un sentimiento generoso, natural en el hombre verdaderamente fuerte y que de derecho le hace constituirse en defensor y amigo del débil? ¡Y bien te acordarás cuán débil y delicado era yo á la sazón! Por más señas, que mi principal repaña de continuo:—Este chico no hará muchos muy viejos; y á la verdad hace ya tiempo que supe el fallecimiento de este pobre profeta.

Al mes de concurrir yo al café, las maneras francas, el aire arrogante y dominador del aborazado, llegaron á supeditarme completamente, y nos hicimos los más inseparables amigos del Havre de Gracia.

Cuando llegaba yo al café, mi arrogante amigo, se manifestaba lo más alegre del mundo, y por el contrario, se ponía triste sobremodera la noche que faltaba yo á tomar mi último y consabido grog.

Fuimos juntos á las máscaras, y allí hicimos por cierto una conquista... El baile tuvo por consecuencia una intriga para cada uno, que seguimos por partida doble (decían ellas que eran hermanas) y esto contribuyó á dar á la aventura un carácter más encañalador. Todo esto había pasado, y en mi atolondramiento natural ni siquiera había pensado en preguntar á mi inseparable compañero quién era, ni qué hacía.

Cierta día le encontré más agitado que de costumbre, sus palabras eran cortas, entregado á la más violenta agitación se paseaba á lo largo de la sala del café, y tenía cierto aire de mando que me imponía; en cuanto me vió vino á sentarse á mi lado, y apenas se hubo instalado, me dirigió una especie de interrogatorio á la ligera, como te transcribo:

—¿Os gustan los viajes?

—¡Muchísimo! siempre he deseado ir por mar aunque sea al infierno, y aunque fuera más lejos.

—¿Os convendría un viaje á la India?

—Sobre todas las cosas; no me he colocado en el Havre sino con la esperanza de conseguir semejante gonga.

—¿Puede vuestro me dijo apretándome vigorosamente la mano.

—¿Cómo? ¿en seguida? respondí con admiración.

—Al instante; el viento no puede ser mejor.

En seguida bajando la voz para que no lo oyera la señora colocada en el mostrador, añadió:

—Salid mi pace fuera que os enseñe...

Le seguí maquinalmente ignorando si se burlaba.

Llegados á la plaza del Teatro, me enseñó un bergantín que yo apenas distinguía entre el bosque de mástiles que se balanceaban en el puerto.

—¿Veis ese buque? se llama *Minerva*, soy su capitán, dentro de dos horas habrá atravesado la boca del puerto, y nos hallaremos en alta mar, camino de Calcuta, ¿os venís conmigo?

—Pero para qué os voy yo á servir? Nada absolutamente se de marina.

—Llevaréis la contabilidad; voy allá á hacer el comercio de cambios, he visto vuestra letra y me agrada, sois además un alegre compañero; venid, y os prometo hacer vuestra fortuna. Aun no habeis entrado en quintas, y por tanto no obtendréis pasaporte, yo os ocultaré á bordo; pero no vayáis á juzgarme la pasada que un pasaportes de parisien me juró en mi último viaje por haberle igual favor. Estaba en su escondite en mi cámara; el gentar me pasaba su revista, y chanceándose golpeó en la puerta de mi cámara, y dijo:—No hay nadie aquí? El muy gauzo respondió:—No señor, nadie. Vamos pronto, querido Jorge, decidid.

Con las rapides que puedo espresarlo pensó lo siguiente: mi tío, que es mi único pariente, se divierte tranquilamente en Jozquy, en

Borgoña, creo que un naufragio hacia mí no ha de ser muy grande; por mi parte yo me estoy abiliendo aquí en mi oscuro escritorio por falta de aire y de vida... á bordo, capitán, me voy con vos; os seguiré á donde queráis llevarme.

—Bien, mi buen amigo, dijo, no aguardaba menos de vos. Ahí tenéis dinero. No volváis á vuestra casa de comercio, donde sin duda os han de hacer tantas observaciones. Id á compraros ropas y efectos que podéis necesitar; nada de elegancia y hermosura, sería inútil, sino cosas sólidas y buenas; dentro de una hora á bordo: *La Minerva*, no lo olvidéis.

—Hasta ahora mismo, exclamé trasportado de alegría y como embriagado de la súbita resolución que acababa de tomar.

En un instante esquivaron hechas mis compras, y á las cinco de la tarde *La Minerva* estaba lista y salía magestuosamente del puerto con buen viento, pero con mucho oleaje.

Entonces solamente pude apercibirme que aun conservaba puestas los manguitos de escritorio y un par de tijeras en mi bolsillo, insignias de mi profesion de dependiente que acababa de dejar. Me rei como un loco de mis manguitos y tijeras durante un rato; y los tiré al mar. Estos signos de mi antigua profesion en mis manos, en manos del pontador de *La Minerva*, un marino, me avergonzaron. Pero mi vanidosa alegría no fué muy larga.

Apenas habria andado el buque media milla, empecé á sentir pesada la cabeza, y mi corazón parecia que iba á dejar de latir, subí á la popa, y allí sobre la obra muerta después de inauditos esfuerzos se llenaron mis ojos de lágrimas, y solo pude arrojar algunas gotas de sangre. Los marineros que pasaban cerca se reían disimuladamente; estaba furioso contra sus sonrisas; en fin, al cabo de una hora me trajeron una taza de té fuertemente cargada de rom; la bebí con avidez, y como por encanto me curé. Ya habia pagado mi tributo al mar.

Sin embargo, pasó la noche sobre cubierta á pesar de todas las exhortaciones del capitán; tenía necesidad de aire; ademas esta súbita transición del almacen de quitálla por la mañana al buque, lanzado sobre las olas por la noche, me atemorizaba y encantaba á un tiempo. En resumen, me sentía dichoso, era un chiquillo, y hacia el papel de hombre.

Al alba del siguiente día, el capitán me hizo llamar, se informó de mi salud, me anunció que yo solo á bordo comería á su mesa, y que iba á indicarme mi ocupacion. Me condujo cerca de un camarote hacia el centro del buque, le abrió, y me dijo:

—He aquí vuestra habitación.

Su interior era muy lindo. En un pequeño espacio se encontraban simétricamente arreglados, una cama buena, una linda silla de tija de ébano, un pequeño escritorio de la misma madera, y encima una taquilla de palo de rosa conteniendo un libro de cuentas como usan los comerciantes; separó la varita que le sostenía en la taquilla y lo colocó en el escritorio.

—Los nombres de los que componen mi tripulación se encuentran todos ahí, con el precio de sus salarios; observareis que su número es mayor que el que tengo ahora, pero dentro de algunas semanas, cruzaremos delante de Cabo-Verde, y allí cuarenta buenos y fuertes bribones vendrán á hacernos compañía. Me gustó la sociedad, añadió soltando una gran carcajada. Aquí tenéis fondos. Cada quince días, los domingos por la mañana, vendrán todos uno por uno á haceros una visita. Después de haber dicho su nombre le dareis lo que le correspondía; si parece descontento, si gruñe alguno, avisadme; si alguno se permite una sola injuria que os sea personal, emplomadle la cabeza ó cualquiera otra parte de su cuerpo, con tal que no vuelva á hablar, con este instrumento; y coloco en la cama un par de pistolas de gran calibre.

En seguida pasando de lo sério á lo jovial, añadió:

—Tengo en mi cámara un ciento de volúmenes fabricados por un monton de habladores y abogados, os entrego á discrecion esas libretes. A popa podéis colocar aparejos para pescar dorados y otros peces. Tratad de distraeros cuanto podáis. Estoy seguro que estareis aquí contento con el carácter ligero que os conozco, y con

vuestra habitual filosofía. Os deje solo que toméis posesion de vuestro camarote; haced trasportar á él vuestro equipage por un grumete. Hasta después, mi querido tenedor de libros.

Me apretó la mano hasta deslazarme los nudillos, y se atajo silbando un aria arreglada á su modo.

—¡Ah! diabló dijo entre mí, va á Cabo-Verde á tomar aparenta hombres y tiene veinte á bordo, que es justo el número ordinario de las tripulaciones mercantes; siempre he oído decir que se pagaban los marineros al desembarcar y aquí se les salda cada quince días, y si gruñen, como dice el capitán, se les emploma la cabeza á otra cosa. ¡He aquí, á fé mia, un bergantín bien raro!... pero muy bien arreglado.

Va estaba acostumbrado al mar por malo que estoviese. Veinte días se pasaron, y en ellos asistí á comidas interminables. En tierra habia llegado á creer que una vez á bordo no se comía sino salado, y aparecían en nuestra mesa conservas dignas de los aparadores de Chevet (1).

Este buque era para mí la realizacion de *El Dorado* y del *Dolce furiente*; el capitán era encantadoramente cortés; todas las mañanas me hacia avisar por su grumete, y habíamos juntos de cierto Madera exquisito... á la noche, después de comer, deslataba la ginestra, y me rogaba que cantase... por mi parte le contemplaba de buena voluntad; le gustaban sobremodera grandes arias de ópera, yo tenía un repertorio enorme y le satisfacía bastante mas no poder.

En fin, una noche el frasco de ginestra se vació como por encanto, se volvió el capitán muy expansivo y me pareció dispuesto á confidencias; por mi parte tambien mi cabeza estaba caliente y lo llené de preguntas.

—Hablemos, claro, me dijo, no sois un molusco, ni una viuda del interior, y estoy seguro que vuestra inteligencia os ha revelado donde os hallais.

—Me hallo de tenedor de libros y cajero del bergantín *Minerva*, y voy á Calcuta á hacer el comercio de cambios, le respondí.

—¡Ah! magnífico, dijo soltando una tremenda carcajada... ¡Ah! me haceis llorar de risa... ¡Ja, ja, ja! me reiré un mes seguido sin dejar los domingos... ¡Qué inocentillo! ¿am no habeis bajado á la bodega?

—No, en verdad, y me alegraría de ir á dar por allí un paseo.

—Venid, voy á daros gusto... Tomó un farolillo de talco que se cerraba herméticamente, hizo abrir la escotilla, y bajamos juntos á la bodega del buque; levantó algunos sacos de patatas que cubrian las velas de repuesto, y me enseñó la culata de ocho cañones y cuatro pedreros. ¿Veis estas hablas? Seré breve, y os diré, amable y querido inocente, que en cuanto tome mis hombres en Cabo-Verde, haré subir todo eso sobre el puente para adornarlo. Fantasia de artista... Cuando llegemos al golfo de Méjico, hay cierto bergantín, cuyo nombre es *Washington*, que se vuelve muy tranquilamente cada dos meses de Méjico, vá cargado de buenos y fuertes pesos duros y los lleva á Nueva Orleans. *La Minerva* es buena chica, pero al fin muger, y por lo tanto curiosa; se acercará al *Washington*, le saludará lo más dulcemente posible, en seguida le hablará de comunidad de bienes, de division y otras locuras por el estilo. El *Washington* se hará el timorato, y el imprudente rehusará. Mutuamente se enviarán entonces algunos confites algo duros... Después se acercarán mas y se verá quien es el más hábil; ya veis, querido y amable necéto.

—Entonces sois un pirata? exclamó medio desembragado por tales confesiones.

—No, querido... en fin, como gustéis, el nombre importa poco. Vamos, no os venga haciendo la niña, me dijo dándome un golpecito en el hombro, aceptad con franqueza vuestra posiclon, que bien mirada no es mala.

(Se concluirá.)

(1) Tienda de París célebre por contener toda clase y lo más escogido en comestibles.